

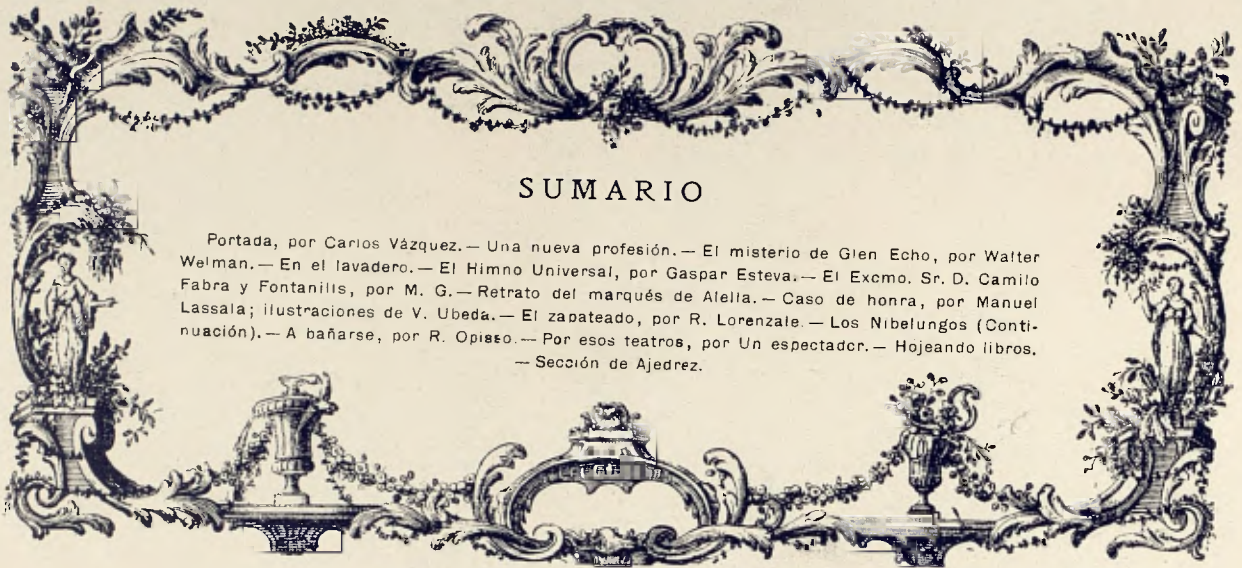


Carlos VÁZQUEZ.

HISPANIA



Número suelto, DOS REALES



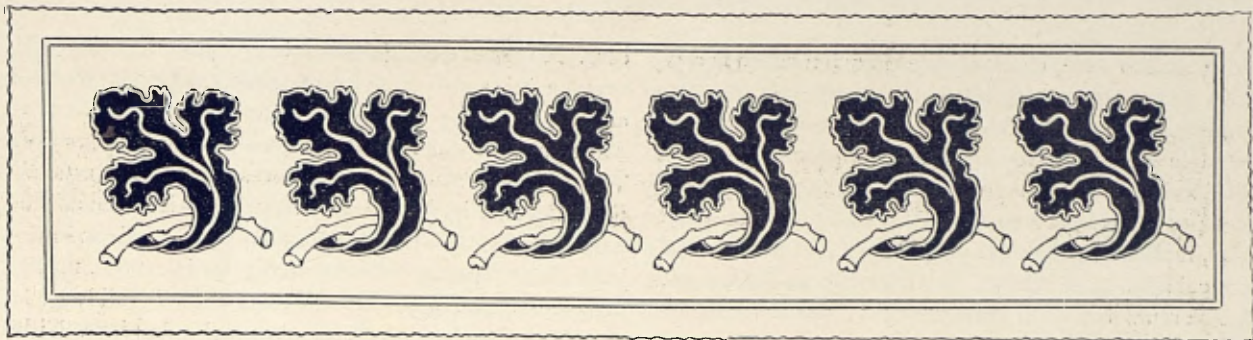
SUMARIO

Portada, por Carlos Vázquez.— Una nueva profesión.— El misterio de Glen Echo, por Walter Welman.— En el lavadero.— El Himno Universal, por Gaspar Esteva.— El Excmo. Sr. D. Camilo Fabra y Fontanills, por M. G.— Retrato del marqués de Añeta.— Caso de honra, por Manuel Lassala; ilustraciones de V. Ubeda.— El zapateado, por R. Lorenzale.— Los Nibelungos (Continuación).— A bañarse, por R. Opisso.— Por esos teatros, por Un espectador.— Hojeando libros.— Sección de Ajedrez.

UNA NUEVA PROFESIÓN



—Si señorita, gravo los nombres de los enamorados en la corteza de los árboles. Ya veo que es indispensable que hoy ponga los suyos. Para una hermosa señorita como V. sólo le costará 5 pesetas.



EL MISTERIO DE GLEN ECHO

HACIA seis meses, que por fallecimiento de un pariente, vinieron á mi poder una colección de cuadros, muebles, trastajos y papeles viejos que me tocaron en el reparto de la herencia.

La mayor parte fueron almacenados en la guardilla de mi casa. Un día que casualmente visité aquel depósito, llamó mi atención un antiquísimo y destrozado baúl, forrado de cuero.

Repetidas veces me entró el deseo de saber su contenido, pero no podía satisfacer mi curiosidad, por no encontrar á mano una llave que sirviera á su mohosa cerradura. Al fin sucedió lo que era natural que sucediera, que avivándose la curiosidad, me puse á considerar que el viejo trasto no tenía ningún valor, pues no era ni artístico, ni señalaba para mí ninguna fecha grata; y que, á falta de llave, un cuchillo podría satisfacer mis deseos. Saqué de mi bolsillo la cuchilla y rajé de parte á parte al viejo adminículo. Encontré dentro de él gran número de paquetes de cartas, libros de cuentas, periódicos y diversidad de manuscritos, que por su amarillento color revelaban su antigüedad. Los extendí todos por el suelo y empecé, paciente y perezosamente, á registrarlos. Nada encontraba que me fuese interesante; pero de pronto dí con un paquete de forma rara. Tenía una especial envoltura muy original, que indicaba cuidadoso interés por parte del que la hizo. Se componía de dos piezas de papel tela, azul, perfectamente encolados y amarrados juntos, y sobre el paquete estaban inscritas estas palabras "Rígurosamente prohibido abrirlo" y debajo *H. Stone*. Esta era la firma del difunto pariente á quien yo había heredado y creo que debería haber respetado su mandato — pero no lo hice.— Mi curiosidad tuvo más fuerza que mi reverencia por el muerto y rompí las envolturas.

Con los paquetes ya abiertos, casi estaba arrepentido de haberlo hecho. ¡Entrometerme en los secretos de un venerable anciano, accidentalmente puesto bajo mi custodia! ¡Estar frente á frente de un secreto que no me pertenecía, me aterraba!

Días y más días, noches y más noches, transcurrían y las tribulaciones de mi espíritu suspendían mi acción. Consultaba mi conciencia y me presentaba el asunto bajo

diferentes aspectos. Lo analizaba, buscaba pretextos, pensaba y me lo imaginaba todo, pero nada resolvía. Me encontraba completamente confundido. Lo mismo que yo estaban algunos amigos íntimos, á quienes consulté el asunto.

Nuestras ingeniosas combinaciones caían fuera de toda solución, pero, en tanto, mi curiosidad se había hecho irresistible.

Todo lo que contenían los dos sobres de papel-tela azul era simplemente los siguientes tres recortes de periódicos, que parecían ser muy viejos:

MISTERIOSA DESAPARICIÓN EN GLEN ECHO.

Poughkeepsie, Octubre 20. — Los oficiales de policía aquí, y los detectives de New York, son incapaces de dar la menor luz, sobre la desaparición misteriosa de Silvestre Baldwin desde la casa de nuestro estimado conciudadano, Profesor Edwin Stone, que vive en su antigua casa solárriega en Glen Echo, uno de los más pintorescos arrabales de esta ciudad. Mr. Baldwin desapareció extrañamente durante la noche del último domingo y cuantas diligencias se han practicado, durante cuarenta y ocho horas, no han dado un solo indicio.

La casa vivienda de Mr. Baldwin está en Boston. Vino aquí hará dos semanas á visitar al Profesor Stone, de quien fué discípulo en Harward. Se dió una fiesta en su honor y entre los huéspedes figuraban Mr. Jorje Jones y su esposa, de Albany; la señorita Irene Davidge, de New-York; y el Sr. Wilson y su esposa, de Yonkers.

Mr. Baldwin era hombre de unos veinticinco años de edad, y ya notable abogado, en Boston. Era soltero, pero se susurraba que estaba comprometido desde su llegada á esta. Disfrutaba de completa salud y envidiable buen humor. Casi todos los días, desde su llegada, era obsequiado con giras campestres, excursiones, caza, pesca, paseos á caballo y otras diversiones. Mr. Baldwin era el alma de todas ellas, por su vivacidad, sus chistes y angelical alegría. A muchas de estas excursiones y juegos, — á las que no le era posible al Profesor Stone asistir, porque, como

todo el mundo sabe, en el laboratorio que tiene en la azotea de su casa se pasa la vida dedicado á importantes experimentos químicos—delegaba en su amigo Baldwin, rogándole que hiciera los honores de la partida.

El domingo último las señoritas y caballeros, acompañados por la anciana madre del Profesor Stone, con quien él vive, fueron á misa por la mañana, y por la tarde pasearon á caballo. Al anocheecer, por inclemencia del tiempo, todos se reunieron en el gran comedor, donde encendieron la estufa para disfrutar de una agradable temperatura, y allí pasaron la velada. Tomaron un refrigerio, hicieron música, y Mr. Baldwin deleitó la reunión dejando oír su excelente voz de barítono, que nunca se había escuchado mejor que aquella noche.

Sobre las diez de la noche, después de dejar acordada una excursión para el próximo día, todos se retiraron á sus habitaciones del segundo piso.

Mr. Baldwin fué oído por Mr. Jones y señora y por la señorita Davidge,—quienes ocupaban los cuartos inmediatos al suyo,—á los pocos momentos de entrar en sus departamentos. Baldwin estuvo tarareando y silbando un aria, lo cual indica la buena disposición de su ánimo. Se le oyó también cerrar la ventana y los postigos, y correr los transparentes. Entre el cuarto ocupado por Baldwin y el de los señores Jones, había una puerta algo maltratada por la acción del tiempo, y tanto por sus rendijas, cuanto por el ojo de la llave, se oía sin esfuerzo, cuanto hacia Mr. Baldwin y así le oyeron hasta saltar á su cama; pero, como la luz de su cuarto no fué apagada, según advirtió Mr. Jones al meterse en la cama, suponen que Mr. Baldwin estaría leyendo—como tenía por costumbre—antes de quedarse dormido.

Después de esto, ni el más pequeño rastro se ha vuelto á obtener de lo que ha sido del joven abogado. Lo último que de él se sabe, es que aparentemente quedó feliz y satisfecho, leyendo en su cama.

En la mañana del siguiente día no estaba en su dormitorio. Toda su ropa y efectos que le pertenecían estaban en su cuarto, excepto el *pajamas* ó bata, la cual usaba de noche para andar en su habitación. Desapareció tan completamente como si se lo hubiera tragado la tierra.

Es inconcebible que Mr. Baldwin sufriera un ataque cerebral y hubiera echado á correr bajo la acción de la locura, pues algo se hubiera oído ó visto: hubiera dejado algún rastro por los alrededores de la casa. El granero; las habitaciones más apartadas; todos los rincones y agujeros; todo, absolutamente todo, y por todos con el mayor interés, fué registrado.

La policía registró el heno, todo lo revolvió, bajó á los pozos y no quedó en toda la comarca un palmo de tierra que no fuese escrupulosamente visto, ni un ser viviente que no fuese interrogado, si habían visto un joven envuelto en una bata.

Si Mr. Baldwin dejó la casa, lo hizo sin botas, ni sombrero, ni otra ropa que el *pajamas* ó bata y no era concebible que con el frío que había, hubiera podido resistir cuarenta y ocho horas y es de suponer que á algún paraje ha debido acudir para proporcionarse alimentos y abrigo. Los detectives, no creen que Mr. Baldwin dejara la

casa. A la mañana siguiente á la desaparición, estaba la ventana del cuarto de Baldwin perfectamente cerrada: las cortinas echadas y todo en perfecto orden. También estaban cerradas todas las puertas que comunican al exterior. Todas fueron examinadas: las llaves y cerraduras estaban perfectamente intactas. Los detectives, tuvieron en cuenta que, habiendo nevado mucho el domingo y habiendo dejado de nevar á las nueve y media de la noche, no era posible que Mr. Baldwin, ni nadie, hubiese salido de la casa sin dejar el rastro de sus pasos sobre la nieve. Ni la más pequeña huella se encontró en la casa, ni fuera de ella, de Mr. Baldwin vivo ó muerto, en el registro que se hizo desde los sótanos á la bohardilla.

El laboratorio que Mr. Stone tenía en la azotea fué igualmente registrado. Todos nuestros conciudadanos saben la parte tan activa que Mr. Stone se toma en las investigaciones, esforzándose en proporcionar cuanto pueda ofrecer alguna luz, penetrando hasta en las alcantarillas. Para sus inventos, tiene él en la azotea, una vastísima colección de aparatos, retortas, generadores de gas, diversidad de máquinas, herramientas, hornos, preciosos instrumentos, etc.

Dice el Profesor Stone, que él estuvo en su laboratorio, engolfado en el trabajo, hasta hora muy avanzada de la noche del día de la desaparición de su amigo.

Ninguno de los huéspedes de la casa tenía idea de haber oído el menor ruido.

El Profesor Stone, loco de pesar, insistió en que los detectives registraran minuciosamente su laboratorio, abriendo las fornallas y máquinas de gas; hizo cerner las cenizas de todas las retortas; hizo desparramar todos los montones de maderas y materiales y no encontraron ni un átomo que pudiera atribuirse á un hombre, muerto ó vivo.

Mr. Stone y cuantos ocupaban su casa, tan alegres hace pocas horas, se llenaron de profunda melancolía. No sólo temían que Mr. Baldwin hubiese muerto, sino que estaban agobiados, abrumados de terror por el misterio que les rodeaba. Se sentían vivir dentro de una atmósfera sombría, en medio de las tinieblas de una gran tragedia, la cual, ni se explicaban, ni era remotamente concebible.

Otro de los recortes decía :

MISTERIO SOBRE MISTERIO

Poughkeepsie, Octubre 22.—El misterio de la desaparición de Silvestre Baldwin, está lejos de aclararse. Realmente crece en gravedad y es más oscura que nunca. Esta mañana se recibió de Saratoga el siguiente telegrama:

"Jefe de Policía—Poughkeepsie.—Cuerpo de un hombre en ropas de noche, encontrado madrugada último lunes, por conductor del correo, sobre el camino, en Adirondaks, á cien millas de aquí. ¿Cuál es la fecha exacta en que desapareció vuestro hombre? City Marshal."

El Jefe de Policía Kiplely contestó en seguida dando la fecha de la desaparición y añadiendo: "imposible sea el mismo hombre."

Indudablemente es imposible y aun lo parece más la

rara coincidencia de que dos hombres desaparezcan á un tiempo en *pajamas* ó traje de noche.

Y es tal la convicción del Jefe Kipley que á cuantos le han interrogado sobre la posibilidad de que pudiera haber alguna conexión entre ambos incidentes, ha replicado: "Es un absurdo pensar semejante cosa. Mister Baldwin desapareció después de las diez de la noche del domingo. En la madrugada del lunes inmediato, fué encontrado el cuerpo de un hombre en Adirondaks, es decir, á doscientas millas de aquí. No hay ferro-carril más cercano que el de Saratoga. Es una jornada de cerca de dos días desde el punto que se encontró el cuerpo á la estación más próxima. Un vehículo cualquiera, rodante, necesitaría cuatro días para recorrer aquellos escabrosos caminos. Hay, pues, una física imposibilidad para que el cuerpo de Mr. Baldwin pudiese ser llevado al remoto punto de Adirondaks en tan poco espacio de tiempo y por lo tanto es temerario discutir sobre este extremo. El cuerpo encontrado en la montaña, es de algún otro hombre."

El Jefe Kipley tiene indudablemente razón.

Nuestro reporter afirma además, que el último tren para el Norte después que Mr. Baldwin se retiró á su cuarto, fué el expreso que salió á media noche y no conecta con Albany para Saratoga. Lo más temprano posible que cualquiera hubiera podido llegar á Saratoga habría sido á las diez de la mañana del lunes y aun le hubieran quedado por recorrer cien millas de camino escabroso, para llegar al lugar donde se encontró el otro cuerpo—según el telegrama—al amanecer de dicho lunes.

Sin embargo de todo lo expresado, para probar la imposibilidad de que exista conexión alguna entre los dos incidentes, la señorita Davidge que se tomó el más extremado interés desde el instante que se enteró del hecho ocurrido con Mr. Baldwin, insiste en que se haga una minuciosa investigación del hecho ocurrido en Adirondaks, y en esto es apoyada por el profesor Stone y otros de la casa de éste en Glen Echo. Su ansiedad es tan grande, que se ha apoderado de la voluntad de todos.

El Jefe Kipley á pesar de sus razonadas creencias ha consentido en enviar á un hombre de toda su confianza y grandes dotes, á las montañas, para inquirir cuidadosamente cuanto se relacione con el cuerpo hallado allí, aunque protesta de la inutilidad de las molestias y gastos que esto ocasiona. El Jefe Kipley está aún convencido como lo están todos los detectives y policías que han trabajado en aquel caso, que Mr. Baldwin, muerto ó vivo, está en aquella casa solariega de Glen Echo. Él ha expresado su creencia al profesor Stone y ambos insisten en seguir buscando. En su consecuencia, el viejo edificio ha sido materialmente destrozado. Se han derribado paredes y tabiques, quitado techos, y derriban y quitan cuanto se presta á suponer que pueda ocultar algo. Se han aventado los depósitos de heno y de carbón, hasta las cenizas de las retortas de Mr. Stone, por encargo de éste, se han sujetado á análisis químicos, por los profesores Tansig y Brunner de la Escuela Politécnica.

Los graneros y todos los edificios del exterior; los pajares y los pozos, han sido objeto de las más escrupulosas

pesquisas. Cada pedacito de papel encontrado en las habitaciones de Baldwin, ha sido escrupulosamente examinado. Todos los sirvientes han sido rigurosamente interrogados, sin resultado alguno. No ha quedado nada, absolutamente nada, por registrar, tanto de las pertenencias de la casa solariega como de sus alrededores, sin obtener el más leve rayo de luz de aquel misterio."

El tercer recorte dice:

EL CUERPO DE MR. BALDWIN HALLADO

Saratoga, Octubre 26.—El cuerpo encontrado en las montañas Adirondaks, hace hoy una semana, era, después de todo, el de Silvestre Baldwin. Ha sido positivamente identificado por el profesor Stone, Mister Jones y señora, y por la señorita Irene Davidge, quienes vinieron aquí, acompañados por nuestro reporter á fin de adquirir completo convencimiento. Pero, en vez de aclarar el misterio, este descubrimiento lo obscurece más y más, y nos conduce tan sólo á la persuasión de la existencia del más inexplicable crimen cometido en este siglo.

Lo único que todos nosotros sabemos es que Mr. Baldwin está muerto. Que desapareció desde su habitación de la casa solariega de Mr. Stone, después de las diez de la noche del domingo 18 de este mes. Que su cadáver fué encontrado al amanecer del siguiente día, á doscientas millas de distancia y á cien millas de la estación del ferrocarril más próxima y que debió ser, por lo que se ve, inícuamente asesinado.

El detective Brown, que ha venido comisionado por el Jefe Kipley, para la investigación del caso de Adirondaks, llegó á Saratoga el viernes por la mañana: sin perder tiempo, atravesó á caballo los pésimos caminos y llegó á Cascadeville el sábado por la noche. Allí encontró el cuerpo que había sido traído desde el punto en que fué hallado, que dista ocho millas al Norte. Mr. Brown, inmediatamente, interrogó al conductor de correos, quien había tropezado con el cadáver á eso de las seis de la mañana del lunes 19; cuyo cadáver estaba sobre el camino de Lake Placide. No tenía, por lo tanto, la menor duda respecto á la hora y día; ya por atestiguarlo el conductor de correos Daniel Givins, cuanto por confirmarlo las autoridades de Cascadeville, que despacharon—en el acto de conocer el hecho—un correo á Westport con un telegrama para la primera autoridad de Saratoga.

Givins dice, que el cadáver estaba sobre el sendero, al pie de la montaña. Que el caballo que él—el conductor—montaba, retrocedió espantado. Que se apeó y al reconocer la causa del espanto del caballo, se encontró el cadáver, hecho un montón informe. Que advirtió que no estaba aún absolutamente frío. Que el cráneo estaba machacado; el pescuezo roto, y toda la cabeza doblada y pegada á la espalda; muchos de los miembros y huesos estaban rotos; algunos, materialmente triturados, lo cual daba lugar á creer que podía, el cadáver, haber sido embutido en algún cajón.

La única ropa que cubría el cuerpo era una especie de traje de noche, que conocemos por *pajamas*, atado á la cintura con un cordón también de seda. El muerto, no

era de persona que hubiese sido nunca vista en aquella región, ni se tenía noticia de que nadie de ella hubiera desaparecido. La población es escasa y los forasteros y turistas son bien conocidos por los guías, boteros y fondistas. Nadie podría conducir un cuerpo humano á tan remoto lugar, como no fuera sobre un caballo, y ningún misterioso jinete, ni personaje extraño había sido visto por el distrito. La forma en que aquel cadáver había aparecido en medio de la montaña, era un misterio para aquellos pacíficos habitantes de Poughkeepsie, que nunca habían sido molestados é interrogados como lo están siendo por el celoso detective Brown.

El detective Brown había conocido en vida á Mr. Baldwin y tan pronto como vió el cadáver estuvo convencido de su identidad. En su consecuencia, envió en el acto un correo con un telegrama para el Jefe Kipley y alquiló dos hombres y dos caballos para trasladar el cadáver á Saratoga. Han llegado aquí á las tres de la tarde y ha ocurrido una triste escena cuando nuestros expedicionarios han sido admitidos en la habitación de la autoridad, para ver el cadáver.

Todos, en el acto, reconocieron en aquella masa informe, el hermoso cuerpo de su querido amigo Silvestre Baldwin. El profesor Stone estaba extraordinariamente agitado cuando contempló á su amado colega, discípulo y el mejor de sus amigos. La señorita Davidge lanzó un grito de aguda pena y cayó desplomada, y lo hubiera pasado muy mal si no acude á sostenerla rápidamente la señora Jones.

La cara del muerto está natural: uno de sus dientes muestra una orificación; la misma que todos le habían visto en vida á Baldwin. El *pajamas* de seda es el de Baldwin y á mayor abundamiento tiene bordadas sus iniciales S. B. en una tirita de tela en el interior del cuello que tiene también la firma de la casa que los fabrica en Boston.

Han hallado una prueba más irrefutable de la identificación del muerto; si hubiera sido necesaria, bastaría por sí sola. Se ha encontrado en el bolsillo del pecho del *pajamas* un estuchito que contiene el retrato en miniatura de la señorita Irene Davidge. No hay, por lo tanto, repetimos, la menor duda de que éste sea el cadáver de Baldwin. Tampoco cabe duda de que ha sido forzosamente asesinado. ¿Pero, cómo y por quién? Y, sobre todo, ¿cómo ha sido este cuerpo trasladado á seis ó siete horas, desde su cuarto en la hacienda de Glen Echo á una montaña á doscientas millas de distancia, cuando se necesitan lo menos dos días con sus noches para recorrer este trayecto en las mejores condiciones? No es posible que este cuerpo que se encuentra aquí sea el de otro hombre. Está fuera de toda razón natural suponer que simultáneamente desaparecieran dos hombres, ambos con *pajamas* de seda exactamente igual; que los dos hombres se parecieran el uno al otro en su figura, cara, color de los ojos y pelo, dientes, y en todo, cual si fuesen modelo exagerado de gemelos; que las iniciales de ambos fueran S. B. y que ambos guardasen en su bolsillo, la miniatura de la hermosa señorita Irene Davidge de New York.

Todos se encuentran profundamente abatidos, no ya

sólo por el dolor que les causa la muerte de Mr. Baldwin, sino por el inexplicable misterio que rodea esta terrible tragedia.

La policía y los detectives están tan desconcertados, que no se atreven á formular la más insignificante teoría. Los doctores y cirujanos han examinado minuciosamente el cadáver y han sujetado á la inspección del microscopio todas las vísceras sin obtener ninguna explicación que arroje alguna luz.

¿Habrá resucitado la Magia Negra?

Nuestra civilización no nos permite que atribuyamos esta tan extraordinaria como terrible tragedia al resultado de algún milagro moderno."

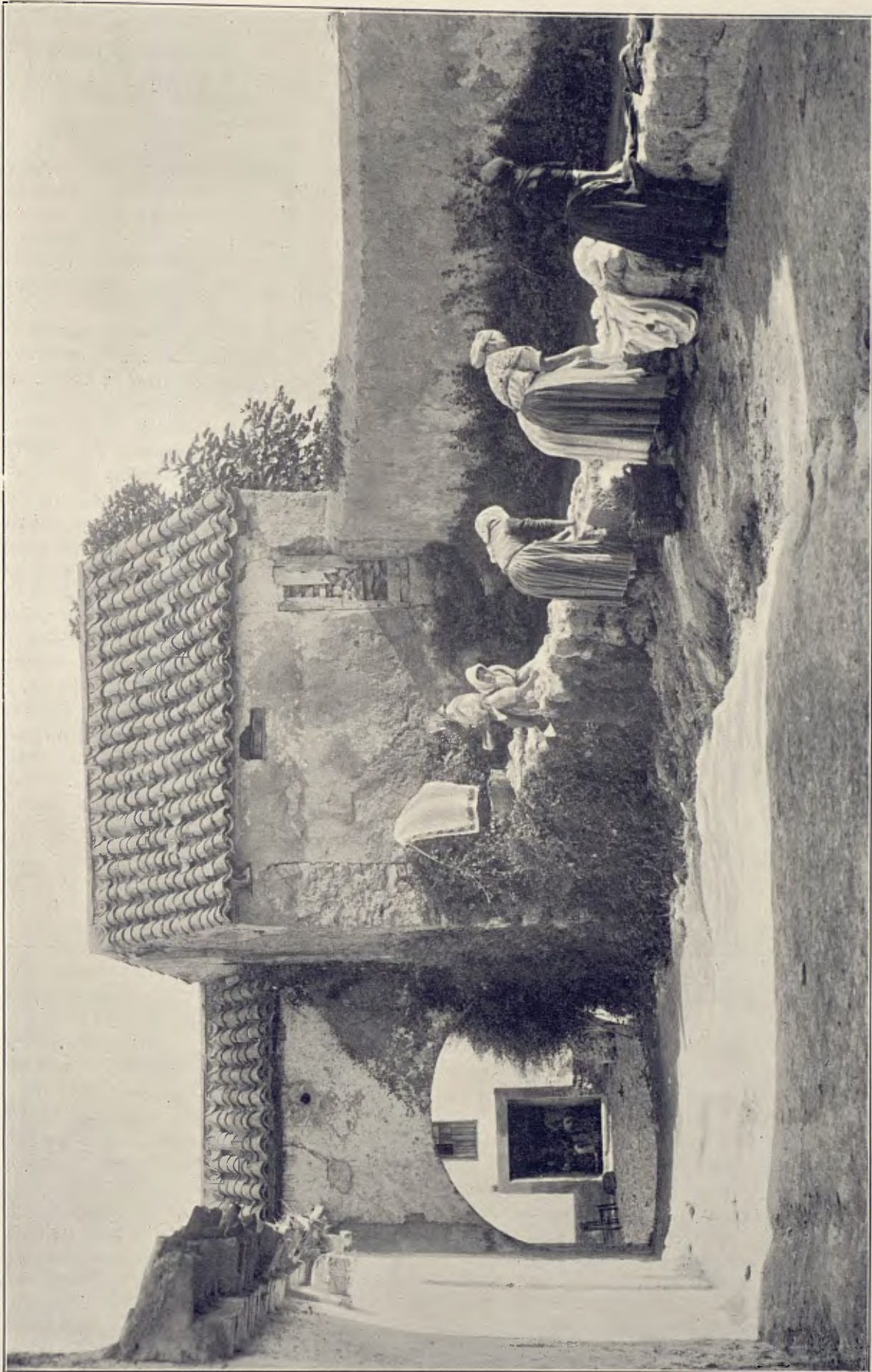
Esta es la extraña historia que había yo desenterrado del baúl de mi difunto pariente. Ahora comprenderán ustedes por qué me pesa haber desobedecido el mandato, escrito sobre el paquete azul.

El minucioso relato que esos viejos recortes de periódicos nos ha dado á conocer, retumbaba en mis oídos y daba vertiginosas vueltas en mi cabeza, robándome el sueño, poniendo en conmoción todo mi sistema nervioso. Dí mil vueltas al viejo trasto y registré minuciosamente su contenido buscando un átomo de luz, pero sin resultados. Por otro lado, sentía yo terriblemente que cualquiera, por una casualidad, penetrara aquel secreto; porque en mi fuero interno, presentía que aquel tenebroso drama, pertenecía por entero á mi familia: no sólo por la idea que concebí desde el principio, de que aquellos sucesos ocurridos en casa de uno de mis parientes, podían inferirle más ó menos responsabilidad, sino que después de conocer el relato recordé que mi pariente, el Profesor Stone, se había casado con la señorita Davidge, cuyos personajes figuran en primer término, en aquella historia: que habían vivido muy felices durante muchos años, fundando una respetable familia compuesta de varios hijos de ambos sexos, que por su educación y fortuna disfrutaba de grandes prestigios sociales, y se me oprimía el corazón al dudar que pudiera no ser inocente. Aun cuando yo nunca conocí al Profesor Stone ni á su mujer, Mr. Henry Stone, su hermano, fué el que me legó el dichoso baúl y él me había hablado algunas veces de los triunfos obtenidos en su carrera por el Profesor Stone y la dicha de que disfrutó en su apacible hogar durante su vida.

Todos mis esfuerzos han sido ineficaces. Soy incapaz de encontrar la clave que desenvuelva satisfactoriamente la teoría de aquel crimen. Puedo tan sólo dar á mis lectores la relación de lo acontecido y la libertad de investigar lo que se ha resistido á todas mis pesquisas.

Lo anterior fué escrito hace algunos meses.

Posteriormente seguí haciendo todos los esfuerzos imaginables y practiqué imprudentes investigaciones para satisfacer la monomanía que se apoderó de mí, por lo fascinado que me tenía aquel misterio. Más de una vez me detuve y reflexioné que sería sensato abandonarlo, pero me sentía de nuevo y con más fuerza, impulsado á perseguirlo, y mis deseos eran superiores á mi fuerza de voluntad y proseguí mi trabajo hasta fatigarme.



EN EL LAVADERO

Hoy, sintiéndome más excitado ó más impaciente de lo usual me fuí á la bohardilla provisto de una hachuela y un gran cuchillo, resuelto á cortar y destrozar en mil pedazos al viejo baúl, á fin de ver si entre su cuero y tabla podía encontrar algo. Debajo de la tela que cubría el fondo he encontrado, al fin, una carta que por su apariencia no tiene de escrita más de siete ú ocho años.

Febrilmente leí lo que sigue :

«San Francisco, Junio 20 de 1892.—Querido hermano Enrique:—Escribo esta carta para tí, de mi puño y letra, á despecho de mi gran debilidad física. Ésta es la última que te escribiré, porque tengo la evidencia que mi fin se acerca. El médico, por su buen deseo, dice que me restableceré, pero yo no tengo la menor duda que mi última hora se aproxima.

Como tú sabes, he dirigido bien mis negocios, y he sido dichoso y próspero durante mi vida. Mis inventos me han llenado de distinciones y he sido, por ellos, espléndidamente recompensado.

Sólo hay una cosa en mi vida que llena mi alma de dolor y me causa horribles sufrimientos. Hay momento para mí, en los cuales todo lo que la vida parece prometerme, todas las felicidades, triunfos y ambición satisfechos, están envueltos por una terrible lucha que se establece entre los dos seres que residen en mi propia existencia y no sé si soy yo ó si es el otro el que me anonada.

Es ley de la naturaleza, que cuando dos fuerzas chocan, la más débil sucumba. La naturaleza tiene, de este modo, establecido el principio de la supervivencia del más fuerte: el dominio del superior sobre el inferior. No importa que la lucha se verifique entre el mundo planetario ó entre diminutas moléculas. Entre los hombres ó los animales. Entre las grandes naciones ó entre las pequeñas tribus. La Ley, inflexible, es siempre la misma. Ningún hombre puede sustraerse á esa ley, entre su propia existencia y todos los demás seres que le rodean. La lucha entre el derecho y el deber trabajan sin cesar y determinan su salvación ó su pérdida, dentro de la esfera, y bajo los principios que la naturaleza tiene ordenado; y á pesar de toda mi voluntad, por encima de todas las frías consideraciones de los demás, y ser lo que me veía obligado á hacer extremadamente desagradable, me dejé arrastrar por la fuerza de la ley.

Tenía que alejar á otro hombre que se había cruzado en mi camino. El uno ó el otro tenía que sufrir la más grave pérdida: un contratiempo capital. Yo tenía la razón y el derecho de defenderme, apoyándome en la Ley natural.

El hombre cuya vida se cruzó en la mía y á quien era de todo punto necesario que yo apartase, era mi mejor amigo y por el momento mi huésped. Estas circunstancias se añadian al disgusto de mi tarea, pero esto no me privaba de mis derechos de propia conservación; derecho que existe en la vida universal, desde la más humilde á la más elevada y cuyo ejercicio la naturaleza restringe tan sólo con limitaciones de poder.

De seguro que te admirarás, hermano, y te preguntarás —¿por qué escribo estas palabras?—Las escribo porque no me siento con fuerzas para morir con mi secreto.

Todos estos años lo he llevado sólo; absolutamente sólo. Un impulso que yo no puedo describir, ni dominar, me lanza á compartir mi secreto con alguna alma humana y naturalmente, no puede ser otra que la tuya —mi hermano —mi mejor y más querido amigo—que siempre has compartido conmigo todos tus secretos —y antes de concluir te diré por qué no lo he hecho hasta hoy.

Recordarás todas las circunstancias de la tragedia que aconteció en nuestra casa, en Glen Echo, poco después de haber yo dejado la Universidad y estando tu en Europa. Hemos hablado con frecuencia de ello y á tí lo mismo que á todos te extrañaba el que no hubiera sido posible explicar aquel misterio... ¡Si hubieras podido adivinar lo que yo sabía!

Yo amaba á Irene Davidge, antes que la amase Silvestre Baldwin.—Antes que él y ella se hubieran encontrado en nuestra casa, yo estaba consagrado apasionadamente á ella.—La adoraba como adoran los hombres de mi temple. Organicé aquella excursión con el propósito de procurarme una decorosa oportunidad para apresurar la realización de mis deseos; porque, comprendía que yo no le desagradaba. Antes que ella regresase á su casa de New York, tenía yo el proyecto de que fuese ya mi prometida. Pero, desde el primer instante que ella vió á Baldwin, comprendí que mi estrella se había apagado, y esto fué en grado ascendente.

Baldwin fué rápido y próspero en su amor, y yo fuí completamente olvidado. Una sola semana, bastó para que ellos fuesen novios. Una tarde tuve la desdicha de ver que él la besaba, estando ambos en el jardín, detrás de un frondoso rosal. Si yo no hubiera sido filósofo, hombre frío que razona con calma, los hubiera matado á ambos. Pero conocía mi verdadera situación: fuí dueño de mi mismo y me parapeté en mi teoría favorita, de que el hombre que puede dominarse á sí mismo, puede dominar al mundo entero... ¡Qué noche más terrible! Me la pasé razonando y discutiendo conmigo mismo.

Mis conclusiones, que entonces, como ahora, me parecieron lógicas, fueron las siguientes: 1.^a Sin ella mi vida es imposible. Me conozco lo bastante para saber que, como la amo á ella, no volveré á amar nunca. 2.^a Si él vive, ella le pertenecerá. Yo, hombre superior á él en todo, menos en aquellas efímeras cualidades que son el atractivo principal del otro sexo, seré quien pierda en esta batalla de amor. 3.^a La naturaleza ordena que el más fuerte triunfe, y por lo tanto tengo el perfecto derecho de eliminarlo á él, puesto que se ha cruzado en mi camino. 4.^a Si lo suprimo de un modo conveniente y hábil, ella será mía, como lo hubiera sido si él no se hubiera colocado entre nosotros. Por tanto, la supresión de ese intruso me restituirá lo que me pertenece. Lo suprimiré.

Resuelto el proceso, sólo faltaba decidir los medios. Era necesario ejecutarlo todo con la mayor prudencia. Había una absoluta necesidad de que no pudiera recaer sobre mí la más ligera sospecha, que pudiera destruir mis ulteriores propósitos. Evitar la posibilidad de ocasionar toda pena ó humillación á nuestra querida madre y á tí, hermano mío, era tan importante, como evitar anularme la buena disposición del ánimo de la señorita Davidge.

Era necesario, por lo tanto, una meditación y profundo examen antes de proceder para salvar todas las variantes que en la ejecución de cada acto mío pudieran presentarse. Lo de menos para mí ya, era matarlo; pero, era digno de atención, el que si me veía compelido á hacerlo por mi propia mano, evitara toda escena que pudiera traslucirse. Aun llegado el momento de mi triunfo, era preciso que mi reputación para el porvenir quedase libre de toda suspicacia sobre aquel acto, y se me siguiera considerando como perfecto caballero. No podía correr el riesgo de hacerme ayudar por nadie.

En pocas horas fijé todo mi plan. No dudo que tú, al conocerlo, convendrías conmigo, en que lo fijé con buen juicio, habilidad y precisión, como correspondía á un hombre de ciencia en plena posesión de sí mismo. Afortunadamente, tenía en mi laboratorio todos los materiales necesarios para mis operaciones concebidas; pero había mucho qué hacer. Día y noche trabajaba sobre el techo de nuestra vieja casa, donde tú y yo habíamos pasado tan felices horas, mientras yo perfeccionaba mis inventos, que tanta y tanta admiración te causaban. Procuraba, hasta donde me era posible, evadirme de asistir á las giras y diversiones, tanto por lo doloroso que era para mí, verlos juntos, alegres y enamorados, cuanto porque necesitaba no perder tiempo en la preparación de mi obra. De cada cien horas sólo me permitía dormir lo que habitualmente se duerme en veinticuatro. Conocida por todos mi afición á los estudios astronómicos y mi pasión por la mecánica, á nadie extrañaban mis ausencias ni mis veladas.

Al fin lo tuve todo listo. Dí por terminado mi trabajo al anochecer de un domingo, después de escrupulosos ensayos, revisados mis cálculos y estar bien seguro de no haber descuidado el más insignificante detalle.

Después de la comida, por la noche, permanecí algún tiempo en el comedor y las expresivas miradas amorosas que se cruzaban entre Silvestre é Irene, se me hicieron más insufribles que nunca; pedí mis excusas para retirarme al laboratorio á eso de las nueve. Entré en el cuarto de Baldwin, encendí un fósforo y hallé sobre la mesa de noche el libro que él leía antes de quedarse dormido—era *Odas de Horacio*, de mi librería.—Sabía yo la costumbre de Silvestre, de leer próximamente una hora, antes de conciliar el sueño.—La tenía ya en el colegio.—Abrí el libro por donde estaba por él marcado, pasé seis páginas y coloqué allí esta nota, que llevaba preparada de antemano: "Querido Silvestre: si no tienes demasiado sueño cuando encuentres esto, sube á mi laboratorio. Tengo algo importante que enseñarte.—E. S." Calculé que tardaría próximamente un cuarto de hora, en leer desde la marca hasta donde hallaría la nota, y estaba seguro que subiría, porque era gran entusiasta de mis experimentos y le halagaría tanto más, cuanto que yo era muy parco en permitir á nadie que entrara en mi laboratorio. Mi único temor era que en el tiempo que yo le daba no estuviesen ya todos los de la casa dormidos; pues era esencial para mí, el que nadie tuviera conocimiento de su visita. Al mismo tiempo no me atreví á situar la nota más lejos, y que dejase de leerla por en-

trarle sueño. De todos modos—en caso conveniente—podría diferir el acto para otra noche; pero aquella noche el viento y el tiempo me eran muy favorables y debía aprovecharlos.

Vino poco antes de las once. Yo estaba listo y resuelto. —"Silvestre, le dije, tengo una máquina que he construído para un experimento importante y necesito que me ayudes á probarla"—"All right, Edwin, replicó. ¿De qué se trata?"—"De un fuerte fluído, extraído de la seda, dije yo, y tengo aquí una porción del nuevo gas. Toma, aspiralo con fuerza. Es como el vino: huele bien." Se dispuso á respirar el receptáculo que yo tenía sujeto. Dí vuelta á la llave y como un rayo cayó insensible á mis pies. El aparato estaba lleno con una combinación de cloroformo é hidrógeno puro á gran presión y cuando la llave dió la vuelta, una nube del más poderoso anestésico inundó su cara.

Desde aquel instante era yo dueño de la situación. Primero cerré la puerta que comunicaba con los pisos de abajo. Noté, con satisfacción, que él había traído en la mano la nota que le dejé en el libro. Hubiera sido para mí una complicación que hubiera quedado en el cuarto después de su salida. La quemé en el acto en la fornalla.

Una mirada en el anemómetro me evidenció un viento que recorría treinta millas por hora y me alegré al ver que el barómetro continuaba en descenso.

Si hubiera sido posible que un hombre de mi temperamento titubeara en su propósito, la vista de un estuche que encerraba el retrato de Irene, el cual saltó del bolsillo del pecho del *pajamas* al caer él tendido en el suelo, hubiera excitado mis nervios á la continuación de mi tarea.

Con el conocimiento que tú tienes de la exactitud y método con que yo procedo, te explicarás fácilmente, querido hermano, con cuanto cuidado ejecutaría mi plan, sin descuidar el menor detalle.

El peso exacto del cuerpo de Silvestre, era de ciento cincuenta y tres libras. Yo contaba con que se aparecería sin ropa, porque era osado y atlético y tenía orgullo en su habilidad, y resolución en sortear el peligro, circunstancia muy principal, que tuve en cuenta para todos mis cálculos. El peso del globo era de dieciocho libras. Las fajas de defensa y la malla, cinco libras. Total, ciento setenta y seis libras. Por medio de cuidadosas y repetidas pruebas, tenía conocimiento exacto del peso de mi gas—casi hidrógeno puro—el ochenta por mil de una onza por pie cúbico y como el aire pesa uno ó dos décimos de onza por pie cúbico, podía contar con una potencia neta de más de un décimo de onza por pie. El globo era esférico, tenía poco más de diez pies de diámetro, dando una capacidad de tres mil ciento cincuenta pies, teniendo fuerza para elevar doscientas diecisiete libras de peso. Necesitaba contar con un pequeño margen para compensar las pérdidas ocasionadas con los escapes de gas. Cuidadosos cálculos de la rareza del aire atmosférico en las diferentes alturas, me demostraron que el globo con su carga ascendería de momento, á unos cinco mil seiscientos pies, conservando en aquella altura estabilidad en relación con el peso del aire desplazado y el peso total

del aparato con su carga y desde ese momento tendería á su descenso por el lento natural escape de gas.

Lo interesante era que subiera al pronto, rápidamente, para evitar que pudiera ser visto por nadie. También era indispensable que la totalidad del aparato permaneciera, á lo sumo, seis horas en el espacio para que pudiera ser trasladado á la distancia conveniente. Al mismo tiempo debía arrojar la carga antes de que amaneciera, antes de que, por casualidad, pudiera su caída ser vista, pues el terror que su caída ocasionara produciría un terrible escándalo y lo echaría todo á perder. Era altamente importante, para mis propósitos ulteriores, que el cuerpo fuese más ó menos pronto encontrado é inequívocamente identificado, pues á Irene podría metérsele en su cabeza, algo romántica, esperar, año tras año, soñando en la posible reaparición, durante su vida, del ausente amante, lo cual anularía la eficacia del sacrificio hecho y mis futuras esperanzas. Por esta razón volví á colocar cuidadosamente en el bolsillo del *pajamas* de Silvestre el retrato de Irene.

Era absolutamente necesario que el aparato y la carga no pudieran ser encontrados juntos, pues en este caso fácilmente la experta policía daría con el rastro y desde luego vendría á descubrir que globo y cadáver habían salido de mi laboratorio. Para evitar este peligro ya había hecho experimentos en el efecto corrosivo, de diferentes ácidos sobre materias textiles y precisé con exactitud el tiempo en el cual una cantidad dada de ácido vitriólico, comería una cuerda de determinado grueso, bajo la acción de un peso de ciento cincuenta y seis libras, que debía decidir su rompimiento. Por estos medios estaba seguro que el aparato y el cadáver, se separarían antes de amanecer; el último para caer en la tierra y el primero para elevarse á las nubes y recorrer en poco tiempo, algunos miles de leguas, antes de descender ó ser inutilizado. Preparé la cuerda, empapándola con el ácido, por el centro de la atadura, envolviéndola en algodones para que al romper

no quedase ningún fragmento unido al cuerpo, ni quemase el ácido la tela del *pajamas*. Até el cadáver por la cintura y amarré el extremo opuesto de la cuerda á la malla del globo.

Había llegado el momento. Registré minuciosamente todo el laboratorio y me cercioré de que nadie pudiera espiar mis últimas operaciones; ví con satisfacción que la noche era extremadamente oscura y que todo seguía favoreciendo mis infernales propósitos.

A las once y cuarto en punto de la noche del domingo 18 de Octubre, tomé la mano derecha de Silvestre; la apreté fuertemente y me despedí de él.—En seguida con tres rápidas cuchilladas, corté las amarras del pequeño globo, que ascendió rápidamente, llevándose el cuerpo de mi rival, con dirección al norte, impelidos por fuerte viento.

Por los periódicos estás enterado de cuanto ocurrió después. Me dediqué á consolar á Irene, á la que oportunamente hice conocer mi amor y poco después de un año de aquel drama, asististe á nuestro matrimonio y constituí un hogar, que no ha sido turbado por la más ligera nube. Sin embargo, dentro de mi existencia, rugía una terrible tormenta.

Más de una vez, hermano mío, quise echarme en tus brazos y comunicarte mis horribles sufrimientos, pero, me detuve siempre ante la idea de que no podías ser copartícipe de mis penas sin serlo de mi crimen. Al comunicártelo, experimento el primero y único consuelo, desde que lo cometí.

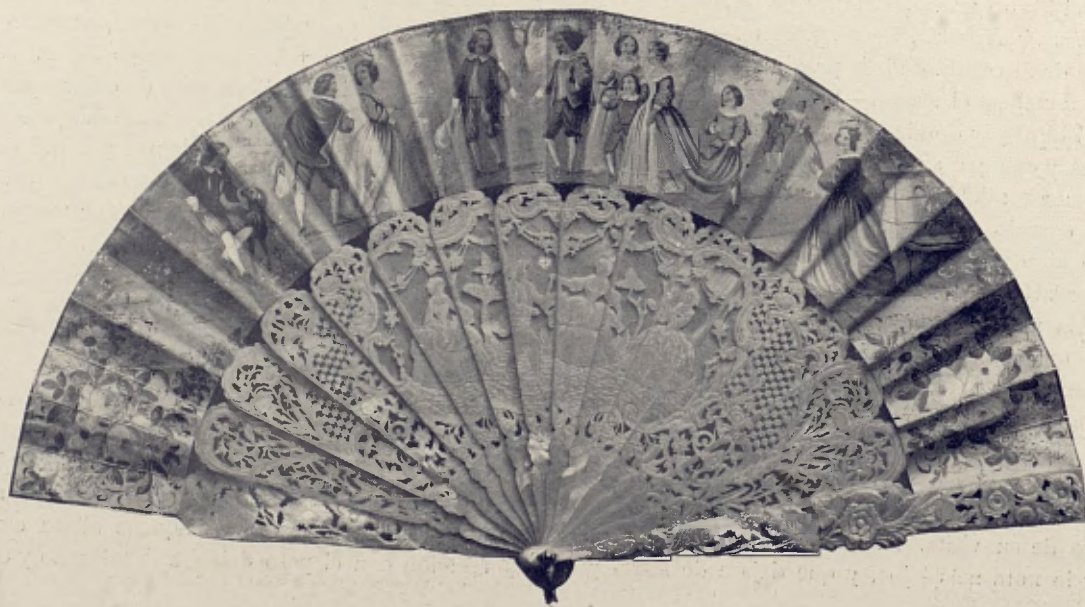
Adios, querido hermano.

Edwin Stone

Tal fué el secreto de la muerte de Silvestre Baldwin, y dado el arte como fué llevada á cabo, creo que sin mi perseverante curiosidad é indiscreción, difícilmente nadie hubiera descubierto aquel misterioso crimen.

WALTER WELMAN

(De Cuba y América)





EL HIMNO UNIVERSAL

Eres, Natura, grandiosa lira.

Odas sin cuento, sí, musa mía;
ya que los templos de la cultura
lauros ofrecen, más cada día,
para la gaya literatura,
vibren tus notas, alma poesía,
luzcan las galas de tu hermosura
en los acordes de tu armonía,
en los hechizos de tu dulzura;
y como vienen tras de las flores
las mariposas á los rosales,
el coro venga de trovadores
á las brillantes lides florales,
versos rimando tan seductores,
que sólo tengan dejos iguales
en sus arpegios los ruseñeros
y las abejas en sus panales.

¿Canción? Un himno gigante y santo...
El Universo con su belleza,
es el augusto solemne canto.
Dios de los cielos, de tu grandeza;
pues si las lirás expresan tanto,
si la palabra con su rudeza
modula notas de tal encanto,
¡ah! con el numen de los Virgílios,
con esos tonos cuya pureza
es la del ritmo de los idilios,
venid las almas más sonadoras,
con esas arpas arrobadoras
que sólo pulsa genial destreza,
y en vuestras dulces rimas sonoras
mostrad la madre Naturaleza:
la luz radiante con sus auroras;
el sol poniente con su tristeza;
la negra noche con su reposo,
con sus estrellas y con sus brumas;
el mar ya manso, ya borrascoso,
con sus arrullos y sus espumas;
ese murmullo tan rumoroso
que ya risueño, ya quejumbroso,
tienen las hojas del bosque umbrío;
ese parlero son cadencioso
del turbulento curso del río;
ese concierto maravilloso
con que revelan tu Providencia
seres y mundos, Dios poderoso,
mientras los cielos en su elocuencia
son el hosanna majestoso,
con que Natura te reverencia,
el argumento más luminoso
de tu infinita magnificencia
y el inefable salmo glorioso
que nos pregonan tu Omnipotencia.

Sí, todo canta, todo suspira;
eres, Natura, grandiosa lira,
Astrés brillantes que en las alturas
oís oraciones de luces puras;
el esplendente cuyos fulgores

son un poema de resplandores,
siendo la luna doliente nota
que en los espacios lánguida flota;
gritos y ruidos, vagos ó ciertos,
los del bullicio de las ciudades,
triste silencio de los desiertos
con el que lloran las soledades;
brisa que gimes en la hojarasca;
viento que agitas las heredades;
mar cuyos cantos son la borrasca
y cuya pompa las tempestades;
música grata de la arboleda;
imperceptible sollozo vago
nacido al beso del aura leda
en el tranquilo sueño del lago;
flor de los valles que solitaria,
mostrando perlas que son rocío,
eres imagen de una plegaria
que lacrimosa dice « ¡Dios mío! »;
campos alegres en cuyos prados
vagan los ecos y los rumores
de los balidos de los ganados
y los cantares de los pastores;
voz de las aves que al ser de día
das á las auras la melodía
de sus endechas y sus amores;
sed que libando miel en las flores
en torno llevas de sus olores
la zumbadora monotonía
de los enjambres susurradores;
notas que forman la sinfonía
de todo cuanto con voz ó ruido
produce un eco, tiene un sonido,
es en el aire canto ó rugido,
desde el vagido del mar sereno
con su doliente melancolía,
al estampido del ronco trueno
en la callada noche sombría;
interesante filosofía
de todo cuanto mudo y velado
por su misterio ó alegoría,
en el silencio mejor hablado,
desde la cima que tras la nube
es un anhelo que al cielo sube,
hasta la roca cristalizada,
que es una estrofa petrificada;
razas humanas, seres conscientes
en cuyas almas inteligentes
numen divino brilla fecundo
y á cuyos rayos gentes y gentes,
siglo tras siglo, van por el mundo
con su palabra, sus concepciones,
con los portentos de sus creaciones,
con sus sociales agrupaciones,
con sus costumbres y sus hogares,
sus esperanzas y sus altares...
sí; cuanto nombre, cielos y mares,
rojos vislumbres crepusculares,
astros y sombras, luces y flores.

roncos acentos, dulces rumores,
cúspides altas, piedras preciosas,
muda elocuencia de tantas cosas,
inteligencias, voces humanas,
ritos, idionias, lirás, campanas,
todos el himno sois armonioso,
todos el culto sois fervoroso
del Universo, que religioso,
así la Gracia divina canta:
« ¡Omnipotente Dios que nos creas,
cuán infinita tu gloria santa!
¡Bendito seas! ¡Bendito seas! »

¡Oh, qué prodigio de vibraciones
llena del éter la esencia pura!
¡que bien en ellas los corazones
la voz escuchan de la Natura!
¡como los mundos son armonía
cuyas fecundas palpitaciones
germen eterno son de poesía!...
¡Y las ciudades? ¡Y las naciones?
Con su diversa vocinglería,
coros inmensos son que á los cielos
cantan las dichas, lloran los duelos,
alzan el grito de las pasiones,
llevan el eco de los anhelos
de las humanas generaciones.
También tu cantas, España mía;
pero ¡qué tristes son tus canciones!
Eres imagen de una elegía;
eres amargo, lúgubre canto,
eres gemido de una agonía,
son tus canciones gotas de llanto.
Ayer, orgullo de las edades,
eras el himno de la victoria;
ayer tus altas heroicidades
eran hermoso canto de gloria;
hoy, desgarrado tu regio manto,
sufres tremendas iniquidades...
Pero no sufras, España, tanto;
no más de duelo la frente ciñas;
y en las escuelas, en los talleres,
entre los surcos de tus campiñas,
en el respeto de tus deberes,
otra vez grande, próspera y libre,
cántico nuevo serás que vibre,
notas que anuncien tu fortaleza,
mientras ofrecen á tu esperanza
los esplendores de tu grandeza
tras de la gloria de tu venganza.

También el Betis, sin par Sevilla,
oye tus cantos junto á su orilla.
Sí; por tu cielo resplandeciente;
por las sonrisas que hay en tu ambiente,
por esos campos donde las flores
la gloria brindan en sus olores;
por esas rosas que son guirnalda
que por doquiera ciñe tu suelo;

por la belleza de esa Giralda
que tan esbelta subes al cielo;
por esas auras que son halagos
que aromatizan tus azahares
y que recogen los dejos vagos
con que murmuran tus olivares;
por esas coplas á cuyos sonos
lucen sus moños las panderetas;
por tus leyendas y tradiciones;
por tus pintores y tus poetas;
por los donaires con que tu « sombra »
es esa gracia que te renombra;
por esas noches de tus estios;
por ese Betis, « rey de los ríos »,
cuya corriente quizás refrena,
cuando en su margen encantadora
la sugestiva música suena
de apasionada guitarra mora,
en fin, Sevilla, por ser quien eres,
por los hechizos de tus mujeres,
porque por esa tu gallardía
es en el mundo tuya la palma...
eres un canto, más todavía,
eres el numen, eres el alma
de los cantares de Andalucía;
eres la salve con que Natura
los esplendores canta del día;
y hay en tus notas tal hermosura,
irradias tanta luz y alegría,
de tales gracias te miro llena,
que para gloria de tu valía,
es sevillana por Macarena
hasta la misma Virgen María.

Pues ¿y las fiestas de la Poesía?
Entre laureles, versos y flores,
sí que son himnos fascinadores;
cánticos bellos de gaya ciencia,
en cuyas rimas los trovadores
á Dios elevan su inteligencia,
cantan la Patria de sus mayores
y son las musas de su existencia
¡ps gratos sueños de sus amores.
A tales fiestas, ¡honor egregio!
Reinando en ellas como una diosa,
entre las flores de trono regio,
sus gracias luzca mujer hermosa.
Ellas! El brillo de sus miradas
luz es del arte, numen del verso;
ellas, las notas más inspiradas
son en el Himno del Universo;
ellas, en esas modulaciones
que aladas suben á las estrellas,
son las que ponen los corazones...
Los nuestros... ¡esos los tienen ellas!

GASPAR ESTEVA

Motril — Abril — 1902



El Excmo. Sr. D. Camilo Fabra y Fontanills

MARQUÉS DE ALELLA

El día 24 de Junio entregó su alma á Dios en su casa palacio de la Rambla de Canaletas, el Excmo. señor marqués de Alella, don Camilo Fabra y Fontanills.

Las simpatías de que gozaba el finado en nuestra ciudad, quedaron completamente evidenciadas con motivo de la larga y penosa enfermedad que le llevó al sepulcro, durante la cual fueron á centenares los que diariamente acudieron al domicilio del marqués para enterarse de su estado.

Y cuando, tras largos y terribles días de angustia y sufrimiento, cuando, después de luchar semana tras semana contra la muerte, que disputaba á los facultativos el cuerpo del ilustre enfermo, dejó éste de existir, aquellas simpatías quedaron de manifiesto una vez más. Ricos y pobres prodigaban á la memoria del señor marqués de Alella sentidas frases, de la misma manera que se las prodigó la prensa sin distinción de matices.

Y es que el Excmo. señor don Camilo Fabra era un perfecto caballero, como lo había demostrado en múltiples ocasiones, conquistándose con sus hermosas prendas de carácter el favor de todos sus paisanos.

Apesar de pertenecer á la más encopetada aristocracia, el marqués de Alella había llegado á adquirir en Barcelona y en Cataluña singular popularidad, debido especialmente al celo y pericia con que había desempeñado los múltiples cargos que se le habían conferido y muy en particular el de Alcalde de Barcelona; que ocupó á entera satisfacción de todos los ciudadanos.

Sus merecimientos y su inteligencia le habían valido innumerables distinciones, entre las cuales merecen especial mención la Gran Cruz de Isabel la Católica, el título de Comendador de número de Carlos tercero, la placa de Beneficencia, la Encomienda de la Corona de Italia, el cargo de oficial de la Legión de Honor etc. etc.

Además ocupaba el marqués de Alella elevados cargos en importantes sociedades mercantiles y de crédito, así como científicas y literarias, pues era presidente del comité barcelonés de los ferro-carriles de Madrid á Zaragoza y Alicante, del Conservatorio de Isabel II y de la Sociedad Anónima Sucesora de Fabra y Portabella; vice-presidente de la Junta provincial del Censo y de la Sociedad de Crédito Mercantil, y socio protector de la Real Academia de Ciencias y Artes.

En este último concepto, es decir, en el de protector del Arte y de la Ciencia, se había distinguido extraordi-

nariamente el ilustre difunto, prestando su concurso valioso á toda manifestación de cultura que necesitase de él, así como pagando á buen precio las obras de los artistas de nuestro país y obsequiando con importantes donativos á las sociedades científicas, artísticas y literarias que tiene nuestra ciudad.

Como si lo que había hecho en vida no fuese bastante para evidenciar su amor á todo cuanto significase cultura y progreso, quiso el señor Marqués coronar con actos espléndidos, dignos de ser imitados por todos nuestros próceres, la larga serie de los que había realizado durante su vida. Nos referimos á los legados que en metalico había hecho á varias Academias y al que de la innumerable serie de cuadros al óleo que constituían el principal adorno de su morada, hizo por disposición testamentaria á favor de los museos municipales de Barcelona.

En este país, donde la mayoría de los ricos no se acuerdan al morir más que de las instituciones benéficas — ¡cómo si no hubiesen más que pobres para socorrer! — es doblemente de alabar el acto del marqués de Alella. Es doblemente de alabar y conviene que sigan el ejemplo nuestros potentados, que beneficencia es, y beneficencia nobilísima, proteger las manifestaciones del arte en todos sus sentidos. Bueno que se proteja á las clases menesterosas creando asilos y hospitales, bueno que se funden premios á la virtud, pero debemos considerar que también es gran virtud, en ese país, cultivar las artes y por eso mismo los que la practican deben ser tenidos en la mayor estima y consideración.

Así debía entenderlo el ilustre hombre que nos ocupa y por eso una de sus últimas voluntades fué la de entregar á los museos públicos la hermosa colección de cuadros al óleo que poseía y entre los cuales los hay de notabilísimos maestros antiguos y modernos, extranjeros y nacionales.

Barcelona debe quedar agradecida al marqués de Alella por su legado que ha de contribuir sobremanera á hacer respetable su memoria.

Del buen recuerdo que guardan los barceloneses de ella, es testimonio el acto del entierro, el cual constituyó una verdadera y sentida manifestación de dolor de todas nuestras clases sociales.

Dios haya acogido en su seno el alma del ilustre prócer, modelo de ciudadanos y espejo de caballeros.

M. G.



Excmo. Sr. D. Camilo Fabra y Fontanills

MARQUÉS DE ALELLA



CASO DE HONRA

POR MANUEL LASSALA

DE todos los pitillos que el general de división don Álvaro Sánchez Mena, era capaz de fumarse, ninguno tan deleitoso para él, como el que encendía á raíz del almuerzo, y aquel poco de humo era cosa exquisita, ó así la imaginación se lo fingía, cuando reforzaban la fruición un asiento cómodo y la lectura del periódico. Con éste en la mano y el papelillo humeante prendido de la boca, colóse en la sala de recibir y se acomodó en una butaca.

La sala de recibir era el mírame y no me toques, un retiro archisagrado, donde no se podía penetrar más que cuando había visita, y eso con toda pulcritud y miramiento. Los muebles y colgaduras, la alfombra y los cachivaches todos que adornaban tan selecto lugar, eran iguales á los que tienen en su sala de recibir los de Benitez y los de Hernández, los de Castro y los de Valenzuela, los de este lado de la calle y los de la acera de enfrente. El entredós era fiel reproducción de los entredoses que venden en todas las tiendas, la jardinera era astilla del mismo palo que cualquier otra jardinera, y el terciopelo de la sillería tenía un color gris rosado tan original que, cuando el fabricante lo puso en venta por vez primera, todo el mundo lo compró é hizo tapizar con él sus muebles. No hablo ya (ni mentarlos) de las panderetas con gitana, ni de la platinotipia del amo en la presidencia, ni del mantón de Manila recogido con mucha gracia en el sitio más conspicuo: todo eso puntualmente tenía el salón de Sánchez Mena; así es que el bizarro general, necesitaba fijarse bien para no confundir su casa con la de cualquier amigo.

No dejaba el esclarecido caudillo de tener cierta inquietud vaga, semi-conciencia de su transgresión, pero, en comparación del gusto, casi era imperceptible aquel escozorcillo. Extendió, pues, las piernas y comenzó la lectura. Era un general típico, de porte distinguido, luen-go bigote cano, complexión sanguínea y ojos azules iracundos.

Aun estaba el cigarrillo corriéndose hacia el comedio,

cuando con paso menudo entró Susana y se puso á limpiar con un plumerito las baratijas diseminadas por las paredes: hacíalo diestramente, pero no paraba de murmurar por lo bajo y con este zumbido molesto iba de un punto á otro, como el abejerro que toma por suya una madreSelva.

—¿Qué demonio rezas entre dientes?—preguntó ásperamente don Álvaro.

—Si le parece al señor que una no tiene otro quehacer que ir limpiando la ceniza por la casa...

—¡Pero, mujer, si tengo aquí un cenicero!

—¿Porqué no se vá el señor á la salita?

—Porque Alberta no quiere que haya nadie allí cuando ella estudia.

En efecto, no cesaba de oirse una voz de contralto que vocalizaba las frases llorosas de una romanza en *la menor*.

—Pues bien, yo aquí tengo que limpiar, dijo resueltamente Susana.

—Eso es decir que estorbo, contestó poniéndose en pie el general.

—¡Si parece que el señor lo haga adrede!

—Cállese usted la boca.

—¡Si se figurará el señor que está en el cuartel!...

—¡Voto á bríos! ¡Insolente!

Abrióse de pronto la puerta y apareció la de Mena, alta, majestuosa, de facciones nobles.

—¿Quién grita aquí?

Los culpables no chistaron. Doña María se volvió á la doncella:

—Susana, vete.

Y cuando hubo salido la chica ¡con que blandura tomó por el brazo al general! ¡Cómo templo su severidad con la inflexión cariñosa de la voz!

—No seas así, Álvaro. Ya te he dicho que no quiero que disputes con las criadas. Si un amigo tuyo lo hiciese lo encontrarías ridículo.

—Pero, Mariquita, ¿puedo yo tolerar que me falten al respeto?

—No des lugar. ¿Qué pito toco yo aquí, si además de mandar tu división, te empeñas en chillar en casa? Cuando tengas alguna queja me lo dices: yo me basto para poner orden.

—Pero, vamos á ver, ¿qué mal hay en que me venga aquí á fumar un cigarro?

—Pues, que ensucias y molestas. ¿Qué haces tú en casa por la mañana? Los caballeros deben salir á distraerse y dejarnos quietas. Son ya las diez: supongo que algo tendrás tú también que hacer.

—Esta mañana no.

—Pues, te lo buscas. Ea, ven acá que te cepille y te irás á dar una vuelta.

Y se llevó al general á la antesala, donde le atusó el bigote y le pasó el cepillo y le enderezó la corbata.

—¿Llevas pañuelo? A ver, ¿que bulto es este? ¡Puros!

—Es que me los han regalado, Mariquita.

—Hombre, no me vengas con embustes. Ya te he dicho que no quiero despilfarros: somos pobres, no tenemos más que la triste paga. Bueno sería que ahora á la vejez te acostumbrases á más vicios. Anda, que te dé un poco el aire. Aguarda; ya que sales, cómprale á Alberta el nocturno aquel que toca la de Enriquez. ¿Como se llama? Ah, sí: *Cabe al Adriático*. Que no se te olvide.

Dos tramos había bajado el general cuando doña María sacó la cabeza para decirle:

—Que no me vuelvas antes de la una.

Y con esta recomendación en los oídos, el bravo militar llegó á la calle pensando á donde dirigiría sus pasos.

Era don Álvaro un soldado prestigioso, muy ordenancista, duro en la reprensión, parco de palabras, caballeroso en su trato, terco de genio y enamorado de su noble profesión y ejercicio. En cambio doña Mariquita, aunque vallisoletana, nunca tuvo afición á la milicia: venía élla

de otra casta de pájaros, gente de pluma y birrete; su raza se había afinado por la influencia de la pluma y del balduque, y algo en su sangre repugnaba las voces de mando y la música de espuelas. En las escaramuzas en que ensayaron los consortes el temple de sus voluntades, pronto se vió que doña Mariquita llevaba más que regular ventaja y, desde puertas adentro, Mena perdió toda su aureola de caudillo.

—Nada de traerme á casa—decía la señora— los humos del cuartel y los rumores del regimiento y las triquiñuelas del cuarto de banderas. Tú á lo tuyo—eso es muy natural—y yo á lo mío. Aquí no se ha de oler á quinto, ni se ha de hablar de táctica. Fuera de aquí es distinto: compónte y haz lo que gustes: en todo lo que se refiera á asuntos del servicio no me oirás decir una palabra.

De los cinco hijos de aquel matrimonio sólo quedaban á la sazón dos: Adrián y Alberta. Adrián, por ser abogado, pretendía tener un dejo de la grandilocuencia de un antepasado suyo (línea de la madre). Cuando le apuntaba el bozo, ya solía invectivar á su hermanita con voz hueca y tonillo forense: si ella perdía el dedal ó pisaba la cola del gato, Adrián le endilgaba un apóstrofe tremebundo. ¡Ah, desdichada! Tú, la que te sientas en esa silla, ¿sabes por ventura, tienes plena conciencia de tu delito?

A pesar de tan buenos comienzos, después que el chico fué abogado, se contentó con ser el renglón más caro de su casa y con dejar traslucir una afición loca á las corbatas y á los bastones. Su madre y él hablaban siempre con misterio de unas oposiciones á cierta cosa que el propio Adrián en persona se descolgaría á hacer cuando llegase el caso, pero ya ni el mismo general daba crédito á la intención, aunque no se resolvía á decirlo por no tratarse de asuntos del servicio.

La pobre Alberta hubo de salir fea: se conoce que la tinta y la pólvora no hacen buena liga. Además, en opinión de la de Mena, tenía muy hermosa voz y cantaba con mucho primor. Sin embargo, la opinión más generalizada entre los que la habían oído cantar alguna vez era lastimosamente opuesta á esta creencia.

Mas ahora caigo en que he dejado á don Álvaro en la calle. No sabiendo á donde ir, se encomendó á sus pies, los cuales sin ningún rodeo le pusieron en el casino á los pocos pasos. Los salones estaban desiertos y en la biblioteca sólo encontró tres señores que leían los periódicos





de la mañana. Y él cogió el primero que le vino á mano que acertó á ser el más desenfadado y vocinglero de odos, e escrito por gente biliosa y demoledora. Al recorrer el periódico tropezó don Álvaro con la reseña de la procesión de la víspera, á la que él había asistido, con el pecho cuajado de cruces. Y el ágrío reseñador se expresaba así :

« A la cola (siempre arrimados), iban los figurones de » costumbre, los jefes de administración civil, que van á » lucir el uniforme, los niños que exhiben el frac, en repre- » sentación de sus papás y los generales mamarrachos, » que parecen mejor con un *hacha* en la mano que con » una espada.»

Un latigazo en la cara no hubiese sacudido más pronto el coraje de don Álvaro que aquella apreciación injusta é irrespetuosa. De sus ojos azules y coléricos, brotaba una indignación terrible ; serenarse no podía, considerar des- pacio el ultraje exigía tiempo: cogió el sombrero y volvió á la calle.

Minutos después, se hallaba el general de pie, ante la mesa del director del periódico, en actitud fría y correcta, pero con los dientes apretados y el rayo de la ira en las pupilas.

—¿Puede usted decirme quien es el indecente que ha escrito esto?

Con el dedo le señalaba el párrafo del papelucho.

El periodista se le quedó mirando con mucha flema : era un joven desgarbado, de feísima y sucia dentadura, la frente aborregada y un malhumor de todos los diablos.

—Pues, suponga usted que he sido yo.

—Soy el general Sánchez Mena y ayer fuí á la procesión.

—Lo siento—respondió el civil.

—Necesito una satisfacción inmediata.

—En el terreno que usted quiera, general : aquí no se nos arruga el ombligo.

Valga la verdad, don Alvaro salió algo desconcertado de esta entrevista, porque él daba por seguro que el paisano se achantaría; pero no siempre sucede lo que el deseo nos promete. Fuese, pues, á encargar el asunto á dos amigos, menos acalorado ya, pero siempre resuelto á castigar al audaz periodista.

En estas graves diligencias invirtió Mena el resto de la mañana, y á eso de las dos regresaba á su domicilio. Iba relativamente sereno, porque fiaba en la discreción de sus amigos, pero no sabía que alguien había oído la escena del reto y que la noticia circuló velozmente mientras él parlamentaba con sus padrinos; ignoraba que Adrián y doña Mariquita habían ya tenido una conferencia sobre suceso tan inesperado y que el duelo más terrible era el que iba á empeñarse detrás de la puerta. En el umbral ya le dió un vuelco el corazón : Doña Mariquita en persona era la que abría; Adrián y Alberta estaban con ella; evidentemente, los tres se habían enterado.

—Hijos míos—dijo la de Mena—vosotros al comedor. Álvaro, ven; tengo que hablarte.

Él dejó la chistera y pasó con su mujer á la sala de recibir. La voz grave, de dulce metal, de doña María, se ayudó del relámpago cariñoso de sus ojos.

—Ya sé lo de tu desafío : no lo has pensado bien.

—Esas cosas no son necesario pensarlas, sino hacerlas.

—No, Álvaro, no. Tú eres juicioso y eso no lo harás.

—Sí, Mariquita, sí : soy militar y mi honra nadie la empaña y mi palabra es la de un caballero. Si no me desagravia públicamente, le mato.

—Ó él á tí.

—Enhorabuena.

—Pues yo no quiero enviudar ¿entiendes? Yo no quiero que te batas.

—Pues yo quiero batirme ¿entiendes? Prefiero que envíudes á que seas la mujer de un cobarde.

Doña Mariquita tampoco esperaba esto. Jamás había encontrado resistencia en su marido, y ahora la dureza de sus ojos le indicaba la ineficacia radical de la oposición.

—¿Y tus hijos? ¡En bonita situación nos dejarías!...

—El pan de la honra, es el más sabroso. Mis hijos podrán llorar, pero no se sonrojarán nunca de su padre. Además, no hay que pensar en eso : yo le mato.

—No, Álvaro no,—exclamó ella con voz profética—el

corazón me dá que no ha de ser así. Casi eres viejo, no te alucines, por Dios; lo seguro es que él te mata.

Mena miró un segundo á su mujer, fascinado. Luego abrió los brazos y dijo serenamente :

— Sea.

Entonces doña Mariquita varió de táctica; se abrazó estrechamente á su marido, pidióle con lágrimas y por Dios y, por los hijos de su alma, que no se batiése. Don Álvaro se enterneció, trató de calmar á su Mariquita y dijo que sólo un militar pundonoroso merecía una mujer tan buena. Con lo cual hubo una tregua en el combate y tiempo para recoger las ideas, pasado el fragor de las primeras descargas.

Y dijo la dama con gran dulzura y autoridad entonces:

—Yo quisiera que sin pasión alguna, sin preocuparte de otra cosa más que de la razón y el buen sentido, me dejases decir lo que pienso de ese desafío.

—¿Qué piensas? Vamos á ver.

—Pues que tú eres el que no tiene razón.

Mena hizo un gesto de cólera.

—Si te enfadas no lo diré.

—Dí lo que gustes.

—Ese hombre no te ha ofendido. Llamar mamarracho á un caballero de tus prendas es una majadería y nada más, y que tú parezcas mejor con hacha que con espada es una opinión particular é insignificante que en nada mancha tu honra ni la mía.

—Es que yo no tolero que nadie me llame mamarracho.

—No puedes poner un bozal á todos los perros, ni puedes dar entendimiento á todos los necios.

—Pero puedo darles una puntera.

La de Mena vió que no iba á ninguna parte, y esta convicción barrió todos sus propósitos de prudencia.

—Anda, pues, anda. Ve á que te maten, ya que es tu empeño. Sacrifica tu familia á una idea falsa y absurda del honor y del valor. Ya que eso está en tu código, cúmplelo. ¡Ah, Dios mío! ¡Cuánta razón tenía mi madre! ¡Necia de mí, haberme casado con un militar!

—¡Mariquita! —gritó él irradísimo.—Te prohíbo que hables así en mi presencia. Ten cuidado conmigo.

Adrián y Alberta acudieron al oír estos gritos. La de Mena estaba blanca, el general encendido y terrible; ellos se quedaron atónitos y temblorosos.

La tarde pasó en una mudez forzada y rencorosa, violenta para todos. Las visitas de oficiosos amigos fueron muchas y al día siguiente hubo gran jaleo de entradas y salidas, de conferencias y de avisos. Se supo que el encuentro había de ser el miércoles por la mañana, pero doña Mariquita no cayó en la cuenta del lazo que le tendían, sencillísimo, reducido á adelantar la hora del duelo.

El martes al anochecer la de Mena estaba reunida con sus hijos, intranquila y agobiada por la brevedad del plazo, cuando se oyeron sonar unas espuelas y acto seguido una voz grave y respetuosa.

—¿Dá vucencia permiso?

Era un capitán de caballería, encargado de la espinosa misión de comunicar á la familia que el duelo se había llevado á cabo.

—Y felicito á vucencia, porque mi general ha salido ileso, aunque traerá un pequeño rasguño (cosa insignificante) y para que vucencia no se alarme y crea que es cosa mayor...

—¿Pero donde está mi marido? —gritó la dama, perdida, en la duda más horrible.

—Ahí llega, señora; ahí llega por su pie.

La verdad era que el general tenía un balazo á través del pulmón, que había perdido mucha sangre y que lo subían entre dos, en muy mal estado. El bravo caballero, después del balazo, quedó enteramente desenojado y manso: no le asustaba su herida, no le preocupaban sus dolores, lo que le hacía sufrir cruelmente era el pensar en la cara que pondría su mujer cuando le viese llegar de aquella manera.

Y llegó. Pero por encima de todas las debilidades y defectos de carácter, por encima de la educación y de los resabios heredados, se alzaba vehemente el amor realísimo, el amor humano. Sin aspavientos y sin ruido, doña Mariquita, Adrián y Alberta, recibieron al general en sus brazos; recibieronle con besos y con lágrimas para que más presto sanase de la herida.

—¿Qué razón tenías, Mariquita! —murmuró humildemente don Álvaro.—Pero ya tú ves; era un caso de honra.

—No, tontín, —respondió ella con ternura—era un caso de sentido común.





R. LORENZALE

EL ZAPATEADO

LOS NIBELUNGOS

(CONTINUACIÓN)

Yo les hubiera hecho todo el mal posible, sino fuera el que hasta aquí ha traído á Gunter y su acompañamiento. Yo he sido su guía en el país de mi señor. Por esto mi brazo infortunado no debe atacarlos.»

Así dijo al margrave el altivo rey Etzel: «¿Es así como me ayudáis, noble Rudigüero? Teníamos ya tantos muertos en este país, que no era menester aumentar el número: no habéis obrado rectamente.»

El noble caballero respondió: «Insultó mi valor y me reprochó los honores y los bienes que como obsequio recibí de vuestras manos; por esto al mentiroso le ha ocurrido esa desgracia.»

Llegó allí la reina que había visto la cólera con que el guerrero había herido al Huno. Sus ojos se llenaron de lágrimas y dijo á Rudigüero: «¿Cómo hemos merecido, ni yo ni el rey, que aumentes nuestra aflicción? Siempre nos has dicho, noble Rudigüero, que por nosotros expondrías vida y honor; escucho que todos los guerreros te aprecian más que á nosotros.»

«Te recuerdo la fidelidad que me juró tu mano cuando me aconsejaste que tomara á Etzel por esposo, digno caballero, y que me ofrecistes servirme hasta la muerte de uno de los dos. Yo, pobre mujer, no me he encontrado nunca en tan amarga desgracia.»

«Verdad es, reina, que os juré dedicaros vida y honor; pero no juré perder mi alma, y yo he sido quien trajo á esta fiesta á los elevados príncipes.»

Ella respondió: «Acuérdate de tu juramento, Rudigüero, de tu fidelidad y de la constancia que prometistes en vengar mis ofensas.» El margrave contestó: «Yo no os negué ningún servicio.»

Etzel el rico, suplicó también, y ambos se arrodillaron á los pies del guerrero. Se veía conmovido al buen margrave, y el distinguido caballero dijo de este modo:

«¡Oh desgraciado de mí que he vivido hasta este día; menester es que me deshonre y que falte á mi fidelidad y á las virtudes que Dios manda! ¡Oh Señor del cielo; porqué no soy presa de la muerte!

«Cualquiera que sea el partido que escoja ó que desheche, siempre habré obrado mal, y que lo tome ó lo deje, todo el mundo me lo reprochará. ¡Quiera iluminarme el que me ha concedido la vida!»

Con instancia le suplicaron el rey y su esposa, y fué causa de que muchos guerreros fueran muertos por Rudigüero y de que el héroe mismo pereciera. Diremos ahora como ocurrió la sensible desgracia.

Sabía que no le podían ocurrir más que penas y aflicciones. Él hubiera abandonado con gusto al rey y á la reina, pues temía que si mataba á un héroe, todo el mundo se lo había de reprochar.

Aquel fuerte hombre dijo al rey: «Señor Etzel, recojed todo lo que de vos he recibido, tierras y ciudades; prefiero ir descalzo por extraños países.»

«Quitadme todos mis bienes, abandonaré vuestro país, y con mi esposa y mi hija de la mano, prefiero morir que faltar á mi buena fé; obré mal aceptando vuestro oro rojo.»

El rey Etzel contestó: «¿Quién me ayudará? Te daré mi reino con los que lo habitan, Rudigüero, si me vengas de mis enemigos, serás al lado de Etzel un poderoso rey.»

Rudigüero le respondió: «¿Como entrar en el combate? Los invité á hospedarse en mi casa, y amistosamente les dí de comer y de beber, haciéndoles además, regalos; ¿hé de contribuir yo á la muerte de ellos?»

«La gente podrá creer que yo soy cobarde, pero nunca negué mis servicios á esos príncipes y á los que los acompañan. Me arrepiento de la alianza que con ellos hice.»

«A Geiselher el héroe, dí mi hija; en la tierra no podía estar mejor casada, si se atiende á las virtudes y al honor, á la lealtad y á los bienes.»

Crimilda dijo entonces: «Muy noble Rudigüero, apiádate de mi aflicción y de la del rey; piensa que nunca en la tierra un rey recibió huéspedes tan terribles.»

El margrave contestó á la reina: «Hoy debe pagar con la vida Rudigüero, lo que vuestra afeción y la del rey le han concedido: menester es que muera; esto no puede durar mucho.»

«Se que hoy mis ciudades y mis campos quedarán sin señor por la mano de esos héroes. Recomendando á vuestra bondad mi mujer y mi hija y los muchos expatriados que quedan en Bechlaren.»

«Que Dios te lo pague, Rudigüero», le dijo el rey que lo mismo que la reina se sentía contento. «Nosotros cuidaremos de tu gente, pero tengo fé en mi fortuna; tú te salvarás.»

Él se lanzó á exponer su alma y su cuerpo. La esposa del rey Etzel rompió á llorar por lo que él le dijo: «Yo debo cumplir lo que os juré; ¡oh amigos míos! voy á luchar bien á mi despecho.»

Lo vieron separarse del rey muy afligido. Fué cerca de allí donde estaban sus guerreros y les dijo: «Menester es que os arméis, mis fieles, á pesar mío tengo que atacar á los Borgoñones.»

Los guerreros mandaron que fueran á buscar sus armas, y los de su acompañamiento les trajeron los yelmos y los escudos. Ésta triste noticia la supieron pronto los fieros extranjeros.

Se habían armado Rudigüero y quinientos de sus hombres; además, iban con él, doce guerreros que querían conseguir el premio de valor en el combate; no sabían que la muerte estaba muy cerca.

Se vió al margrave cubierto con el yelmo; aceradas espadas llevaban la gente de Rudigüero y embrazaban anchos y brillantes escudos. El músico los vió y sintió amarga pena.

El joven Geiselher vió venir á su suegro con el casco ceñido. ¿Como podría él suponer que no iba con buena intención? El noble rey sintió alegría en el corazón.

«¡Felices nosotros, amigos míos!» exclamó Geiselher, «que en el camino hemos conquistado buenos amigos. Por mi esposa conseguimos socorro: estoy contento por mi fe, del matrimonio que hice.»

«¡Qué os alegra!» dijo el músico; «¿cuando habéis visto que vengán con intenciones de paz los guerreros con el casco ceñido y la espada en la mano? Él quiere acrecentar á nuestra costa sus ciudades y sus campos.»

Antes que el músico hubiera terminado su discurso, el noble margrave estaba ante el palacio. Puso su escudo á sus pies; no podía ofrecer sus servicios ni saludar á sus amigos.

El noble Rudiguero dijo dirigiéndose á la sala: «Ahora, fuertes Nibelungos, es menester que os defendáis. Tenéis que rechazar mis ataques cuando debíais contar con mi amistad; es menester que la alianza se rompa.»

Esta terrible noticia abatió á los fuertes, pues ninguno pensaba que en su vida tendrían que combatir contra el que les había sido tan fiel.

«Quiera Dios del cielo» exclamó Gunter el héroe, «que tengáis aún misericordia, y nos manifestéis la buena fé de que hacíais gala; confío en vos y no haréis lo que habéis dicho.»

«No puedo hacer otra cosa,» contestó el fuerte guerrero, «debo combatiros como he prometido. Defended vuestras vidas héroes valerosos, si os son caras, pues la esposa del rey Etzel no quiere librarme de ésto.»

«Tarde nos provocáis», le replicó el altivo rey. «Dios os recompensará, muy noble Rudiguero, si conserváis algo del afecto con que nos habéis tratado y lo demostráis hasta el fin.»

«Si nos hacéis gracia, yo y mis amigos os serviremos toda la vida; acuérdate de los regalos que nos hicísteis cuando nos guiabas al país del rey Etzel, noble Rudiguero.»

«¡Bien quisiera hacerlo!» le respondió el héroe, «y que os pudiera dar más grandes regalos, como tenía esperanza de hacerlo; entonces no tenía que sufrir ningún reproche de la noble reina.»

«Detente, noble Rudiguero» le dijo entonces Gernot; «ningún príncipe recibió más amistosamente á los extranjeros que tú nos recibistes. Si vivimos te daremos la recompensa.»

«Quisiera Dios», respondió Rudiguero, «que vos estuviérais en el Rhin y yo muerto. Así habría conservado mi honor y no tendría que combatiros.» Nunca los guerreros han sido tan mal tratados por sus amigos.

«Que Dios os recompense, señor Rudiguero, vuestros ricos regalos» le contestó en seguida Gernot. «Me causaría pena vuestra muerte,

por las grandes virtudes que con vos perecerían. Aquí tengo vuestra espada, la que me habéis regalado, buen guerrero.»

«En esta desgracia no se ha separado de mí, y su filo ha dado muerte á muchos guerreros. Es fuerte y bien templada, brillante y buena; pienso que un guerrero no hará nunca mejor regalo.»

«Si no queréis renunciar á vuestro propósito, y uno de los amigos que aquí tengo es herido por vos, con vuestra espada os quitaré la vida; lo sentiré tanto, Rudiguero, como vuestra esposa.»

«Quiera Dios, señor Gernot, que así suceda, que en todo se cumpla vuestra voluntad, y que vuestro amigo, conserve la vida; yo os confiaré á mi esposa y á mi hija.»

Así respondió el Borgoñón, hijo de la hermosa Uta. «¿Por qué obráis así, señor Rudiguero? Los que están conmigo os quieren, mal hacéis atacándonos; váis á dejar viuda á vuestra hermosa hija.»

«Si vos y vuestros guerreros empeñan el combate en contra nuestra, me pagaréis mal la confianza que tuve en vos, mejor que en ningún otro hombre, cuando os pedí á vuestra hija por esposa.»

«Recordad vuestro juramento», dijo Rudiguero, «y si Dios os saca de aquí, muy noble rey, que mi hija no padezca por causa mía; hacedlo así por vuestras elevadas virtudes.»

«Así lo haré», contestó el joven Geiselher, «pero si mis ilustres parientes y los que están con nosotros en la sala tienen que morir, se romperá la alianza con vos y con vuestra hija.»

«Dios tenga piedad», dijo el fuerte guerrero. Levantó el escudo, y todos hicieron lo mismo para atacar á los extranjeros en la sala de Crimilda. Hagen gritó desde la escalera:

«Detente un momento, muy noble Rudiguero, aun no hemos dicho ni yo ni mis señores cual es nuestra desgracia. ¿Qué ventaja será para Etzel la muerte de estos extranjeros?»

«Estoy en gran cuidado», añadió Hagen, «porque el escudo que la señora Gotelinda me había regalado, lo han agujereado los Hunos en mi brazo: amistosamente lo había llevado en el país de Etzel.»

«Quiera Dios del cielo concederme un escudo tan bueno como el que ahora embrazáis, muy noble Rudiguero; si lo tuviera no me sería necesario en el combate llevar casco.»

«Bien quisiera regalaros mi escudo, si me atreviera á hacerlo en presencia de Crimilda. No importa, tomadlo, Hagen y ceñidlo á vuestro brazo: ¡Oh! ¡así podáis llevarlo á Borgoña!»

Cuando le vieron ofrecer generosamente su escudo, los ojos de muchos vertieron amarguisimas lágrimas. Fué su último regalo; después Rudiguero de Bechlarren no regaló nada á ningún guerrero.

Por furioso y colérico que estuviera Hagen, se conmovió al recibir el regalo que le hacía á un buen guerrero, tan próximo á su fin. Muchos nobles caballeros lloraron con él.

«Dios os lo recompense, muy noble Rudiguero. Nunca tendréis semejante que haga á los guerreros tan magníficos regalos. Dios permitirá que vuestra virtud sea eterna.»

«Esta noticia ha aumentado mis desgracias», añadió Hagen, «habíamos sufrido ya grandes pesares y me quejo á Dios de tener que combatir con los ami-



gos.» El margrave replicó enseguida: «Para mí es también un terrible pesar.»

«Tendré en cuenta vuestro regalo, noble Rudiguero: sea lo que sea lo que estos guerreros hagan en el combate, nunca os herirá mi mano aunque matárais á todos los Borgoñones.»

Al escuchar esto el buen Rudiguero, dió las gracias. La gente toda lloraba. Era una horrible pena no poder evitar aquel encuentro. Rudiguero, el padre de todas las virtudes, iba á morir.

Desde lo alto de la escalera, dijo Volker: «Ya que mi compañero Hagen ha hecho la paz con vos, también os respetará mi mano. Bien lo habéis merecido desde que llegamos á vuestro país.»

«Muy noble margrave, sed mi mensajero: estos rojos brazaletes me los regaló la señora Gotelinda, para que me los pusiera en esta fiesta: vedlos en mis brazos y sed testigo de ello.»

«Quisiera el Dios del cielo, dijo Rudiguero, que la margravesa os pudiera regalar más. Haré saber la triste noticia á mi querida esposa, si la vuelvo á ver alguna vez.»

Después de hacer esta promesa, Rudiguero con el alma inflamada levantó el escudo: sin tardar más se arrojó contra los extranjeros el héroe valeroso. Fuertes golpes descargó allí el rico margrave.

Volker y Hagen estaban lejos, según aquellos buenos héroes lo habían prometido. Pero delante de la puerta halló tantos bravos que Rudiguero emprendió la pelea con gran cuidado.

Con mortal intento lo dejaron entrar en el palacio. Gunter y Gernot lo sentían mucho, como héroes que eran. Geiselher se apartó á su pesar, esperaba la dicha y no quería encontrarse en el combate con Rudiguero.

Los guerreros del margrave, siguiendo á su señor con gran valor, lanzáronse contra sus enemigos; llevaban en las manos afiladas espadas, con las que hendieron muchos yelmos y muchos brillantes escudos.

Los extranjeros dieron también á los de Bechlaren muchos violentos golpes que, partiéndoles las corazas, les llegaron á los huesos. En la batalla realizaron infinidad de prodigios.

La noble compañía había penetrado en la sala. Volker y Hagen salieron á su encuentro sin perdonar á nadie más que al jefe. A sus golpes la sangre brotaba de debajo de los cascos.

El choque de las espadas producía un triste ruido y á los golpes, los adornos de los escudos caían perdiéndose en la sangre. Era tan furiosa la lucha, que nunca se había visto otra semejante.

El jefe de los de Bechlaren saltaba de una parte á otra, deseando poner de manifiesto su valor en el combate. Aquel día Rudiguero probó que era un guerrero valiente, fuerte y digno de alabanza.

Los guerreros Gunter y Gernot, permanecían fuertes y mataron á muchos héroes en el combate. Geiselher y Dankwart no estaban lejos, y por ellos muchos vivieron su último día.

Rudiguero demostraba que era valiente, fuerte y que estaba bien armado: ¡á cuantos héroes mató! Viendo esto un Borgoñón, se sintió poseído de cólera y acordó la muerte del muy noble Rudiguero.

Gernot el fuerte, gritó al héroe, diciendo al margrave: «No queréis dejar escapar con vida á ninguno de mis hombres, muy noble Rudiguero. Esto me aflige mucho y no puedo tolerarlo por más tiempo.»

«Ya que me habéis privado de tan gran número de mis amigos, vuestro regalo os causará daño. Venid hacia mí, noble y fuerte hombre: haré por merecer el obsequio que me habéis hecho.»

Antes que el margrave llagara á donde estaba Gernot, dejó tintos en sangre muchos buenos arneses. Lanzáronse el uno contra el otro, parando cada cual los terribles golpes que el contrario le asestaba.

Eran tan cortantes sus espadas, que no podía detenerlas nada. El héroe Rudiguero hirió al rey Gernot por debajo del yelmo, y brotó la sangre á caños; pero se lo devolvió con aumento aquel caballero fuerte y bueno.

Esgrimió en sus manos la espada que le había regalado Rudiguero, y aunque herido de muerte, le dió tan terrible golpe que cayó sobre la celada después de partir el duro escudo. El fuerte Rudiguero tenía que morir.

Nunca tan rico regalo fué peor recompensado: herido el uno por la mano del otro, Gernot y Rudiguero cayeron en la lucha. Hagen se tornó turioso al presenciar aquella catástrofe.

Así dijo el héroe de Troneja: «Nos ha sucedido una horrible desgracia, pues con esos hombres tenemos una pérdida que no compensaremos, ni reparará su pueblo ni su país. Que los de Rudiguero sufran la pena.»

Ni uno ni otro bando se daban tregua: muchos que caían sin heridas, hubieran podido librarse, pero era tal el tropel, que los que no eran alcanzados en el combate, se ahogaban en la sangre.

«¡Ah! ¡mi hermano ha muerto aquí! por todas partes nos cerca la desgracia. Siempre lamentaré la pérdida del buen Rudiguero: los dos partidos pierden, y nuestra pena es grande.»

Cuando el joven Geiselher vió muerto á su hermano, puso en grave apuro á todos los que habían entrado en la sala. La traidora muerte recogía de pronto á los de su acompañamiento: de los de Bechlaren no quedó ni uno.

Gunter y Hagen y también Geiselher, Dankwart y el terrible músico Volker, los buenos héroes, acudieron al lugar en que los dos estaban tendidos, y los guerreros lloraron la terrible desgracia.

«La muerte es terrible con nosotros», dijo el joven Geiselher. «Dejémonos de lágrimas y pongámonos al aire para que se refresquen nuestras armaduras: temo que el Dios del cielo no nos deje vivir mucho tiempo.»

Sentáronse muchos de los hombres que allí se veían; estaban muy cansados. Los que habían acompañado á Rudiguero yacían muertos; el ruido había cesado y tanto duró el silencio que Etzel se irritó.

«¡Oh! ¡desgraciada de mí!» exclamó la reina. «No nos ha cumplido lo que dijo, y la mano de Rudiguero no ha bastado para destrozár á nuestros enemigos; los dejará que vuelvan á Borgoña.»

«¿De qué nos sirve, rey Etzel, que le hayamos dado todo cuanto ha querido? Él no ha obrado bien. El que debía vengarnos, quiere hacer la paz.» A estas palabras respondió Volker el audaz guerrero:

«No ha sucedido como dices, noble esposa del rey. Si me atreviera á decir que es mentirosa tan elevada señora, diría que á propósito de Rudiguero ha dicho diabólicas mentiras. Él y sus guerreros han muerto sin proponer la paz.»

(CONTINUARÁ)

POR ESOS TEATROS

Cierre de teatros.—La compañía de ópera del Tivoli.—Las compañías de Novedades y Eldorado.—«Tempestad en la sombra» de Nani.—«La gobernadora» de Benavente.—Versión castellana de «¡Libertad!»—«Las alegres comadres de Windsor».—«Raimundo Lulio» de D. Joaquín Dicenta.

A raíz de nuestra última revista, la actividad que se notaba en nuestros teatros era inusitada, contrastando notablemente con la calma de esos últimos días, en que han cerrado sus puertas la mayoría de los de Barcelona, no permaneciendo abiertos más que los de la Gran Vía y del Tivoli.

En este último continúa obteniendo los aplausos del público la compañía de ópera que, dirigida por el Maestro Baratta, ha hecho las delicias de los aficionados con las obras más selectas del repertorio antiguo y moderno.

Entre las temporadas de *ópera barata*, dejará siempre un grato recuerdo la actual del Tivoli, pues habrá sido de las mejores, ya que la empresa se ha desvelado por dar gusto al público, variando á menudo el cartel, tanto por lo que se refiere á las obras como á los intérpretes.

En el género cómico y en el dramático nos ofrecieron durante la primera quincena del mes las compañías de la señora Pino y del señor Thuillier, en Novedades y en el Eldorado respectivamente, algunas obras nuevas, aunque pocas de ellas notables.

Una de las mejores es sin duda el dramita en un acto «Tempestad en la sombra» del italiano Nani, estrenado en el primero de dichos teatros con motivo del beneficio del distinguido actor señor Morano. El asunto de la obra es altamente dramático. Un pintor ciego, después de algunos años de no ver la luz, adivina en el ambiente que le rodea la infidelidad de su esposa. La angustia del personaje al adivinar su desgracia y la desesperación que se apodera de él al cerciorarse de la verdad de su presentimiento, están pintados en la obra de Nani con singular maestría, habiendo dado lugar á que el señor Morano crease el tipo con una verdad y una fuerza no comunes en los actores castellanos, sobretodo teniendo en cuenta que para conseguir su objeto no rebasó nunca los límites de una sobriedad *bien entendida*.

En el mismo teatro estrenóse la comedia del señor Benavente «La Gobernadora», obra de costumbres en la que se pintan al vivo los vicios y defectos de nuestra administración, uno de cuyos mayores inconvenientes es el nepotismo imperante en todos los centros dependientes del poder central.

Un gobernador bonachón, un bendito sin pizca de trastienda, al cual domina por completo su mujer, domina



R. OPISSO

A BAÑARSE

da á su vez por el secretario particular del marido, es lo que á servido de base al señor Benavente para escribir su comedia, en cuyo desarrollo no ha demostrado la traza de otras veces, debido sin duda á su afán de querer fustigarlo todo, el cual ha impedido que el espectador se hiciera verdadero cargo de la intención que tuvo al escribirla.

De todos modos la comedia es entretenida y animada, proporcionando algunos ratos de solaz y esparcimiento gracias á la animación de las escenas que la componen y al sinnúmero de chistes de que están esmaltadas.

Lo cual puede afirmarse también de la de Santiago Rusiñol, titulada «¡Libertad!» cuya versión castellana, hecha con singular pulcritud por el mismo señor Benavente, nos presentó también la compañía Pino.

Lo estrenado por el señor Thuillier en las últimas semanas de su campaña en el Eldorado, ha sido poca cosa, tanto por el número como por la calidad de las producciones. Y eso que había entre ellas «Las alegres comadres de Windsor» del incomparable Shakespeare, comedia verdaderamente notable que no llegó á entender el público, debido, en parte, á los escasos méritos de la adaptación á la escena castellana, hecha por los señores José de Roure y González Llana. Tal como nos la presentó la compañía Thuillier, la obra, mutilada en algunas de sus partes con singular desparpajo, resulta en ciertos pasajes una traducción de las que el malogrado Ixart solía llamar más literales que literarias.

De manera que, así como á trechos pecan los arregladores por carta de más, pecan en muchas ocasiones por carta de menos. Por eso la producción no conserva del original otra cosa que el esqueleto y aun destrozado en algunos puntos.

Al arreglo de «Las alegres comadres», siguió «Raimundo Lulio», original de don Joaquín Dicenta, drama en el cual su autor, si bien demostró la experiencia adquirida durante los muchos años que ha bregado en cosas de teatro, no llegó á triunfar del público, á causa de la inconsistencia de la trama y del poco partido que supo sacar del asunto, con ser éste uno de los más soberbios que hayan podido inventarse. El Raimundo Lulio del señor Dicenta, no es más que una variante del Tenorio. Ni un solo destello de inspiración, ni una frase que den la medida justa de lo que era el personaje.

Lo cual no impidió que una parte del público aplaudiera estrepitosamente la obra, llamando al autor á la escena.

UN ESPECTADOR

HOJEANDO LIBROS

Colección Calón.— «Horas grises», Poesías de Luis Romano, con prólogo de Miguel de Unamuno. «Frivolidades», Artículos de César Real y Rodríguez, con prólogo de M. R. Blanco Belmonte.

«Horas grises» es un pequeño volúmen de composiciones poéticas, en el que su autor, don Luis Romano, demuestra muy excelentes dotes para el cultivo de la poesía en sus diversos géneros y especialmente en el descriptivo.

La reja en la sombra,
la vega en silencio;
Granada dormida
y allá, allá en el cielo,
tachonado de blancas estrellas,
la pálida luna
que vela amorosa su plácido sueño.

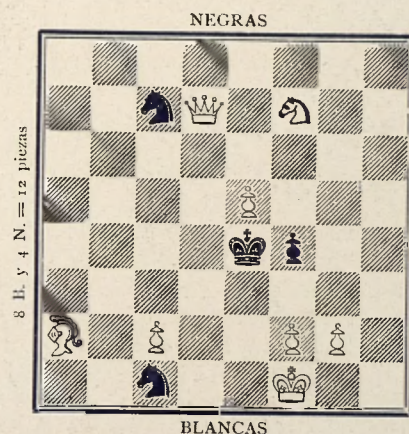
He aquí, vigorosamente apuntado, un cuadro de todo punto sugestivo, que no desdeñarían firmar autores de mayor renombre que el del libro que nos ocupa, libro al cual no desmerece el de la misma colección titulado, «Frivolidades», debido á don César Real y Rodríguez y compuesto de una serie de pequeños trabajos en prosa pintoresca y atildada. En ellos demuestra su autor muy apreciables cualidades de observador finísimo y de escritor culto.

«Dos monólogos», por don Luís M. Blázquez.

Trátase de dos pequeñas obritas, dos lindos monólogos escritos el uno en prosa y el otro en verso, correspondiendo el primero al género dramático y el segundo al cómico y siendo la lectura de ambos agradable por igual.

SECCIÓN DE AJEDREZ

PROBLEMA 51.— DR. A. W. GALITZKI



Las Blancas juegan y dan mate en 2 jugadas

SOLUCIÓN AL PROBLEMA 50, POR J. DUSOLD

Blancas	Negras
1. D 1 C R	1. A 8 C D
2. T 5 R jaque	2. juegan
3. D 6 P mate.	

Variantes: Si... A toma D; 2. P 4 A D jaque, etc.— Si... P 4 R; 2. D toma P, etc.— Si... R 4 A; 2. T 5 R jaque, etc.

ATLAS GEOGRÁFICO



SEGUNDA EDICIÓN

aumentada con un Mapa de las tierras descubiertas por España y Portugal.

Mapa de Cuba, doble tamaño

Mapa de Puerto Rico y de la Bahía de Manila

Completo y encuadernado, 12 PESETAS

LITOGRAFÍA-ENCUADERNACIONES

hermenegildo Miralles, Editor

59, Calle de Bailén, 70

• BARCELONA.

